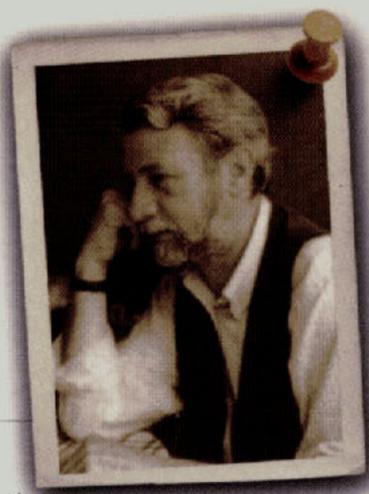




Seix Barral Biblioteca Breve



Adolfo Couve

Narrativa Completa



EL PASAJE

1.

En la primera cuadra de la calle Riquelme, entrando por la Alameda, a mano izquierda, se encuentra un portón de fierro forjado que sigue, en su parte superior, la forma curva del vano que enmarca un largo y angosto pasaje al que da una docena de casas pareadas. Todas llevan una letra esculpida sobre el dintel de la puerta. Al fondo de este recinto, la última de las viviendas hace ángulo recto con las otras. Las casas son iguales y están ubicadas al costado sur del pasaje.

Frente a las fachadas se levanta un gigantesco muro de ladrillo que oscurece casi completamente el lugar. Al pie de éste han dejado una franja de tierra apretada y sucia, donde sobreviven unos cuantos acantos que no reciben la luz del sol. Estas plantas soportan el polvo y las basuras que los inquilinos les barren encima.

Las casas tienen dos pisos, cuatro ventanas y una puerta estrecha que comunica con una mampara de vidrios empavonados. No sólo la letra del alfabeto las individualiza, sino también los cañones de hojalata que desaguan la canaleta. Esos tubos van apartando una casa de la otra como las barras de compás dividen el pentagrama. Un alero común remata las doce viviendas.

Viniendo desde el fondo del pasaje, aparece el arco del portón muy recortado por la fuerte luminosidad exterior. Sobre este portón se alza una enorme casa de tres pisos cuyos balcones miran a la calle, en tanto que las diminutas ventanas de su parte posterior, donde se hallan la cocina, los baños del servicio y demás dependencias, se abren hacia la docena de casas gemelas y la mísera guarda de plantas enfermas.

Durante el día la verja permanece abierta y los arrendatarios van y vienen, haciendo resonar los baldosines del angosto corredor.

En la casa grande, sobre la entrada, habitan los dueños del pasaje, quienes lo destinan para la renta. Esa ubicación les permite vi-

gilar constantemente, desde los ventanucos del servicio, la conducta de los arrendatarios. Conocen sus horas de llegada y salida, y el comportamiento de los niños. Cuando éstos gritan o se sobrepasan en sus juegos, oportunamente, desde alguna de esas ventanas traseras, se deja oír la voz estridente de una sirvienta que les lanza un improperio.

A esta casa principal se ingresa por una puerta guarnecida con clavos de hierro, que se ubica inmediatamente después del portón de rejas. De noche, el pasaje sólo se ilumina con el resplandor de las luces interiores de las casas. Apagadas éstas, se filtra por encima del muro un débil fulgor que destaca apenas la superficie de las hojas gachas de los acantos contra la tierra negra.

Por las tardes, cuando los niños dan comienzo a sus juegos, y sacan sus pelotas de goma y carros a pedales, las ventanas se abren y la consabida frase interrumpe el bullicio:

—¡Cuidado con las plantas!

Hacia algún tiempo que se había desocupado la casa «E», y existía cierta expectación entre los vecinos por saber quiénes la arrendarían. El hecho de que aún permaneciera deshabitada indicaba que, hasta la fecha, todos los candidatos habían sido rechazados en el interior de la casa grande. No se requería de mucha suspicacia para imaginar las sucesivas escenas que se desarrollaban a diario en el vestíbulo de la casa de altos, como los inquilinos la llamaban.

A Margarita Plana, la anciana dueña del pasaje, no le fue siquiera necesario recurrir a los avisos del periódico para encontrar un interesado. La escasez de viviendas, la ubicación de ésta, próxima a la Alameda y al centro, y el hecho de que tuviera teléfono, calefactor eléctrico y cocina a gas, bastaban para convertirla en una ocasión tan manifiesta que los mismos vecinos se sentían en la obligación de servir de portavoces e intermediarios del negocio.

Es así como la señora Margarita se había ahorrado incluso la molestia de engrudar junto a la puerta el conocido letrero rojo, anunciando que la casa se encontraba disponible. Demasiado posesionada estaba de su papel magnífico de conceder audiencias a los interesados como para ocuparse de esas cosas.

Cada mañana hacía pasar a los candidatos al vestíbulo lúgubre de piso reluciente que duplicaba, a pesar de la penumbra, las ventanas

de vidrios irregulares unidos con plomo. Oscurecían aún más el lugar unas cortinas sucias, simuladas, que sólo se reducían a mezuquinos trozos de género prendidos a los costados de las cenefas. Muebles casi no había. Sólo algunos taburetes adosados a los muros y, al fondo, una enorme chimenea con dos atlantes de cemento que cargaban sobre sus espaldas la repisa vacía. La limpieza del fogón indicaba que no la encendían nunca. Margarita Plana atendía sólo por las mañanas. Primero tomaba su desayuno en cama, envuelta en una bata rosa deshilachada en las mangas, y luego, ante su peinador — regalo de soltera —, observaba su rostro cruelmente deteriorado. Allí, frente a lo irreparable, se dolía de la manera violenta y sin consideraciones con que la vejez la había tratado. Tal vez por la calidad fina de su piel, los años habían impreso aquellos surcos profundos y verticales en sus mejillas, junto a la comisura de los labios, y en su blanca frente. Otras ancianas no mostraban ese maltrato exagerado. Por ello, las sirvientas de su edad eran para la señora Margarita motivo de secreta envidia, y al dirigirles la palabra, se confundía contemplando una lozanía más duradera que la suya. Antes de que la tristeza de sí misma conmoviera su corazón, introducía los dedos en innumerables potes y cajas de cosméticos, cargaba de negro sus grandes párpados y se cubría con pintura, para así desviar la atención de los que la rodeaban. Vestía, a causa de su viudez, de luto riguroso.

Una vez arreglada, cruzaba largos corredores rumbo al vestíbulo para alternar con los presuntos arrendatarios. Allí jugaba su papel. Le ocurría lo mismo que a aquellos que no satisfechos con su propia persona, buscan compensación en la injusta situación de ventaja en que a veces los coloca el destino. Escuchaba distraída y pensaba en sí misma: en sus ademanes, lo circunspecta que debía mostrarse; en lo imparcial, la imagen de ecuanimidad que era necesario dar. A lo sumo contestaba, luego que su interlocutor había agotado los medios de ganársela:

— Usted debe ponerse en mi lugar... Es preciso que comprenda...

A esta frase, el solicitante redoblaba su monólogo servil, y ella, majestuosamente, giraba la cabeza hacia la ventana.

— Déjeme sus señas con la sirvienta — interrumpía, en tanto ésta se presentaba con un sucio cuaderno del que colgaba un lápiz atado a un cordel. Y ante las promesas, los ruegos, las historias, ella, con una leve inclinación de cabeza, daba a entender que estaba dispuesta para la entrevista siguiente.

Terminada la mañana, suspendía esta actividad y murmurando

incoherencias, se dirigía al comedor, no sin antes espiar hacia las casas del pasaje, profiriendo el reproche habitual:

— ¡Miren el estado de esas pobres plantas! ¡Qué gente!

Se había convertido así en una reina viuda que administraba un precario feudo, lo que le permitía sobrellevar su vejez inaceptada, ahorrándole esa extorsión que ejercía sobre los demás algunas horas de contemplación desolada ante el óvalo de su peinador de soltera.

Era una mañana de fines de agosto, y sólo por la limpidez del cielo y la luminosidad de las fachadas, se presentía la primavera. En la calle Riquelme no existen árboles que la anuncien.

Un viejo taxi se detuvo frente al número 36. De él descendieron una mujer de aspecto desaliñado y un niño de unos nueve años. La mujer, luego de regatear la tarifa de la carrera, se colocó la enorme cartera bajo el brazo e intentando ordenar un poco sus cabellos, golpeó la puerta de la casa de altos. No contenta con ello, oprimió sin consideraciones el timbre. El niño que la acompañaba se mantuvo a distancia, como dando a entender que no participaba de la conducta y aspavientos de su madre.

A pesar de ser un niño modesto, vestía con un cuidado excesivo, y la arrogancia que denotaba infundía cierto respeto. Llevaba los cabellos rubios muy cortos, y el mechón de pelo que por lo general cae sobre la frente de las personas de su edad, en él estaba cuidadosamente engomado, formando un gracioso copete. El rostro era ovalado, pero no terminaba en punta, sino en un mentón inusitadamente firme para sus cortos años. Los ojos celestes y rápidos permanecían entrecerrados por la fuerte luz de la calle. La agudeza de esa mirada contrastaba con la inexpresividad aparente de sus rasgos. La nariz respingada y el labio superior fino hacían al rictus curvarse, lo que le daba un aire despectivo, casi insolente, como de alguien profundamente herido que ya no espera nada de nadie. Vestía de tonos claros. Se notaba que con dificultad había compuesto ese atuendo. Más de alguna prenda era un obsequio. Los pantalones conservaban intacta la línea de la plancha, y casi ocultaban los botines relucientes, de suelas protegidas por sonoros toperoles. El saco de franela estaba muy gastado, en tanto que el coqueto chaleco de pana rojo revelaba, por su tamaño, un dueño anterior. Una cadena de plata se introducía en uno de sus bolsillos, y el último botón permanecía desabrochado, cum-

pliendo así con aquella convención. La cadena, que hacía juego con el rojo, no desempeñaba ningún papel. Rogelio no había tenido nunca un reloj. La camisa era impecable en el cuello y los puños, pero la corbata, a pesar de lo prolijo del nudo, mostraba un brillo sospechoso. Había intentado el niño hacer revivir esa prenda por medio de la plancha.

La madre difería en todo de su hijo. Llevaba las medias con los puntos corridos y se cubría con un chaquetón de hombre arreglado por ella misma. No usaba maquillaje y sólo la hermosura de las manos denunciaba su fineza, de la cual aparecía ahora desprovista. Era el de ella un rostro modelado por los trastornos. Fruncía el ceño y apretaba en un gesto ansioso los labios, y el pelo blanco, aun cuando todavía no lo merecía, le habría dado cierta prestancia si no lo hubiera llevado tan desordenado que recordaba la cabellera de una demente. Hablaba a trastabillones, comiéndose la mitad de las palabras, y suspiraba en todo momento, como para indicar que a pesar de las dificultades diarias, mantenía un lugar en su alma destinado a la melancolía y al recuerdo de épocas mejores. Su risa era aguda y maliciosa, reflejo de sus íntimos pensamientos. Sólo los dichos de doble sentido le producían hilaridad, hiriendo con ellos el pudor de su hijo. Hacía ostentación de sus piernas y levantándose los vestidos de manera provocativa, mostraba sus muslos lechosos a Rogelio o a quien fuera, explicando que sólo le faltaban dos centímetros para la dimensión perfecta. Cuando reía se le agitaban las aletas de la nariz y los ojos dejaban de lado su avidez y su dureza para transformarse en una línea horizontal inquietante. Reaccionaba con violencia cuando alguien pretendía conseguir algo de ella por medio de la ternura o el halago. Se había propuesto endurecer a su hijo, inculcándole la vergüenza de mostrar sus sentimientos, orientando con parcialidad sus inquietudes, pasando por sobre sus gustos y necesidades, a fin de que alcanzara en el futuro, según decía, una posición sólida que le permitiera una vida sin privaciones. El canto, los juegos, las artes, el amor, e incluso la religión, eran para la madre asuntos afeminados, debilidades del espíritu.

Rogelio, obligado a permanecer junto a ella, le guardó distancia, pero, sin embargo, las sombrías características de la personalidad materna diseñaron la suya. Reservado, inexpresivo, puso a trabajar su corazón en la renuncia de todo lo que éste reclamaba, haciéndolo casi desaparecer de su pecho, como el reloj invisible que la cadena de plata, al introducirse en el bolsillo del chaleco, sólo hacía presentir.

— ¡Valentina! ¡Alguien se ha pegado al timbre! — exclamó la señora Margarita en el momento en que introducía un pie en la bañera. El vapor del agua se lo ocultó por un instante.

La criada colocó la sábana de baño cuidadosamente sobre el respaldo de una silla de metal, y entreabriendo la ventana, se asomó a la calle:

— ¿Qué hay? — gritó, con un marcado gesto de desagrado.

Tanto la voz como las muecas eran imitación exacta de las que su patrona le hacía a ella.

— ¡Vengo por la casa que se arrienda! — respondió la madre de Rogelio con firmeza, volviendo el rostro como para mostrar indiferencia.

La señora Margarita, dentro del agua, estaba inquieta por las corrientes de aire a que la exponía esa ventana abierta.

— ¡Cierra, Valentina, que no quiero ver a nadie!

— Es una fulana que pregunta por la casa «E» — aclaró la mujer.

— ¡Ya comenzó la romería...! ¡Hoy no! Dile que vuelva mañana.

— Y recogiendo con habilidad el pelo que le sobresalía de la gorra de goma, se dispuso a la ensoñación que provoca esa temperatura.

— Un baño caliente hoy es un lujo — murmuraba.

— La señora dice que...

Allí se interrumpió la frase porque la madre de Rogelio, sin prestarle atención, gritó a voz en cuello:

— ¡Dígale a la señora Margarita que es María Carter quien está afuera!

La voz era tan potente que no necesitó de recadera para llegar hasta los oídos de la señora.

— María Carter... María Carter... — se repetía ésta, sin que nada en especial le dijera ese nombre.

— ¡Valentina, dame la toalla! — pidió, para sorpresa de la empleada, y cubriéndose las escuálidas espaldas, se asomó a la ventana.

Las dos mujeres se miraron a los ojos, y aun cuando jamás se habían visto, se entabló entre ellas de inmediato una secreta complicidad.

Los principios que ambas sustentaban harían posible un diálogo rico, que pondría a prueba su carácter. Todo se volvería objeto de controversia, obligándolas a afinar cada vez más el ingenio. Estaba garantizada allí la diversión, y aquello las cautivaba sobremanera. La casa

en arriendo era lo de menos. El precio, su cuidado, la fianza, todos esos detalles pasaban a segundo término al lado del conocimiento paulatino que ellas tendrían de sus vidas. Además, el muchacho que acompañaba a esa mujer parecía tan reservado y adulto, que era seguro que no se sumaría al desorden de los niños del pasaje.

— ¡Yo estoy en el baño! — gritó, mirando hacia las casas de enfrente —, le mandaré las llaves con la empleada.

— ¡Gracias! — respondió la madre de Rogelio, levantando la punta del zapato y haciéndolo girar impaciente sobre el tacón. Luego se puso a silbar una melodía tomada de la radio, con tal desacierto que la continuaba con otra, acompañando al mismo tiempo esos compases con gestos teatrales, con los que quería recalcar la situación humillante en que se encontraba.

— Tengo suerte — dijo a Rogelio, quien dio a entender con su silencio todos los juicios adversos de que era capaz.

— Falta examinar la casa todavía — agregó ella, y luego reanudó sus melodías desafinadas, como para dejar en claro que estaba sola en este asunto y que nada debía a ese testigo mudo que era su hijo.

El sol caía vertical sobre la calzada, reduciendo considerablemente las sombras que proyectaban esas dos personas.

Antes de que finalizara la semana, allí donde se había detenido el taxi que trajo a los Carter, se estacionó ahora un gigantesco carromato de mudanzas. Era de color verde, enteramente cerrado por tabloncillos horizontales que desfiguraban, en sus juntas, los dibujos y letras con que se anunciaba la empresa. El nombre La Rápida aparecía escrito sobre un pergamino pintado en la madera, retorcido en varios puntos, que remataba en cortes y perspectivas engañosas. Lo sostenían dos amercillos de rostro plácido, que no guardaban relación con la sonajera y los vaivenes del vehículo.

Todo ese enorme cubo reposaba en fuertes muelles y cuatro ruedas encintadas de acero. Los cocheros, sentados al pescante, conducían agitando las riendas sobre el lomo de un par de caballos escuálidos que llevaban anteojeras y algunos cascabeles de bronce prendidos a la brida y el collar. La parte trasera del carro se abría completamente y al apoyarse en la calzada, servía de terraplén para descargar los muebles. Varias cadenas la sujetaban, cruzando el carromato en todas direcciones.

En cuanto los cargadores comenzaron a colocarse sus anchos tirantes, el vecindario y los niños del pasaje los rodearon. El conductor revisó entonces la lanza, las hebillas de los tiros y los arneses, y aflojando las cinchas a las bestias, les colocó al cuello cestas con avena. Uno de los hombres trepó al techo y desde allí soltó las amarras. Luego lanzó algunos sacos a la vereda. En el instante en que empezaba a descender la parte posterior del carretón (los niños la asociaron con puentes levadizos), se escucharon los gritos de advertencia de la señora Carter que, premunida de su inseparable carterera, emergió de entre los curiosos. A distancia, apoyado levemente en el grifo del agua, Rogelio presenciaba la exposición pública de que era objeto la intimidad de su hogar. La señora Carter, manos en jarra, se disponía a informar a los cargadores sobre la calidad e historia de sus cosas. Levantando ansiosa la mirada, como quien pide auxilio, se dirigió a su hijo para solicitarle que la secundara:

— ¡Rogelio, no te quedes ahí de brazos cruzados! ¡Ven a ayudar, hombre!

Los curiosos se volvieron hacia el niño, escudados en el cómodo papel de espectadores. Rogelio permaneció inmóvil y debido a que ya la luz perdía intensidad, nadie advirtió que enrojecía. El hecho no pasó inadvertido para la señora de la casa de altos, quien, desde la llegada de la mudanza, espiaba tras la ventana. Observó atentamente al niño y a su madre. A causa de su experiencia, conocía de sobra la embarazosa situación. Valoraba la dignidad del pequeño, pero al mismo tiempo apreciaba en la madre, a pesar de su vulgaridad, la manera resuelta con que lograba sobrevivir. El ser propietaria de una docena de casas miserables la había habituado a alternar con esos dos tipos de personas, sin lograr decidir por cuál de ellas tomar partido.

Por un momento, los faroles encendidos coincidieron con la luminosidad del crepúsculo, pero poco a poco fueron adquiriendo mayor intensidad, y sólo a éstos se debió la tenue claridad reinante. Se dibujó entonces una perfecta circunferencia de luz que destacaba el muro, la calzada y el portón de rejas.

Al anoecer, todavía los cargadores iban y venían entre el carromato y la casa.

— ¡Esa lámpara no la tome, usted! Prefiero llevarla yo, es muy delicada... — exclamó la señora Carter, arrebatándosela a uno de los hombres.

Al pasar junto a Rogelio lo miró con manifiesto rencor, murmurando:

—Que su madre reviente, ¿no es así? ¡A éste qué le importa!

No bien había dicho estas palabras, se enredó en el cordón de la lámpara, yendo a dar lejos la pantalla.

—¡Levántala del suelo! —ordenó entonces.

Rogelio se dirigió calmadamente hacia el lugar donde había rogado, y la tomó con tanto desgano que mereció otro comentario de su madre, que aguardaba impaciente bajo el arco del portón:

—¡Éste nació para príncipe! ¡Apúrate! ¿No ves que no puedo dejar a esos hombres solos en la casa?

El niño avanzó entre dos filas de curiosos que gozaban con la situación. En cuanto estuvieron juntos, ella, sin miramientos, le arrebató la pantalla, que nuevamente cayó al suelo. Rogelio se inclinó para tomarla, pero su madre se le adelantó, dejándolo con la mano extendida. Debido a la penumbra, ninguno de los presentes se percató de que del bolsillo de su chaleco se escurría la punta de la cadena, que su dueño rápidamente volvió a su lugar. La señora Margarita fue la única en advertir ese detalle. Dejó la ventana y atravesó silenciosa el vestíbulo. Iba negándose la compasión que ese niño comenzaba a despertarle. Sabía que a partir de ese sentimiento se encariñan las personas. Comparó entonces la vida de Rogelio con la propia, llegando a la conclusión de que todas las infancias son desdichadas y que la piedad es un sentimiento detestable. Para ahuyentarla, hizo sonar con estridencia una campanilla, ordenando a Valentina que al día siguiente, a primera hora, barrera de la vereda los papeles, paja, cartones y demás desperdicios de la mudanza.

Mirando hacia el pasaje, pensó que ahora, por las noches, no se vería interrumpida por la oscuridad de la casa «E» la larga sucesión de ventanas encendidas.

Como las restantes, la casa que alquiló María Carter ocultaba, tras su frontis prolijamente estucado, la miseria interior. El revestimiento imitaba bloques de piedra que se interrumpían en aplomados perfiles, para dar cabida a los marcos y alféizares de las angostas ventanas. La puerta exhibía a los costados un par de pilastras de mármol reconstituido, en cuyos capiteles se apoyaba un mezquino arco de medio punto.

Cruzando la mampara, sobrecogía la oscuridad de ese recinto. Era necesario encender luces a toda hora. El empapelado de color ocre mostraba, en las marcas que habían dejado los cuadros y muebles de

anteriores arrendatarios, su tono original. Se ignoraba si pertenecía a la casa, o quedó allí abandonado, un enorme paragüero con espejo que ocupaba casi todo el recibo.

La única claridad la proporcionaban dos pequeños patios de luz, ubicados, uno junto a la caja de la escalera y el otro, al fondo de la vivienda, cerca de la cocina. En este último lavaban y tendían, y bajo el pavimento existía un subterráneo guardado por una maciza tapa de madera provista de una argolla.

La escalera que llevaba al segundo piso se torcía en una cerrada curva, y sus primeros peldaños ostentaban parches de hojalata, con los que habían tapado algunas cuevas de ratones. Arriba, a un diminuto pasillo, se abrían las puertas de los dormitorios. Dos de ellos daban al pasaje y el otro, situado sobre el patio de luz de la cocina, enfrentaba al único baño de la casa, que en contraste con la mezquindad de las habitaciones, era sumamente espacioso, proporcionando este hecho un argumento irrefutable a la señora Margarita cuando quería justificar el alza del alquiler:

— ¡Ya me quisiera yo una sala de baño como la de ustedes! — afirmaba.

La llegada de los nuevos arrendatarios normalizó la vida del pasaje.

La señora Carter contrató de inmediato una cocinera, bajo el compromiso de que llevara a Rogelio por las mañanas a la escuela.

— La he tomado, entre otras cosas, para que atravesase con el niño la Alameda — explicaba.

Tal vez porque María Carter había pasado su juventud en la provincia de Antofagasta, o bien porque su naturaleza excitable encontró aliciente en el peligroso tránsito de esa avenida, es que hacía tantos aspavientos para cruzarla. Giraba angustiada la cabeza en todas direcciones, y cuando veía que la calle quedaba desierta, corría a refugiarse en los jardines de enfrente. Toda esa operación la efectuaba blasfemando en términos poco usuales en una dama. Le ocurrió más de una vez no alcanzar la orilla opuesta, permaneciendo rezagada en medio de los bulliciosos vehículos, sin poder moverse, lívida, aterrada, mientras el pelo, a causa de las ráfagas, parecía desprendérsele del cráneo. Esto le sucedía cuando, no habiendo calculado acertadamente las distancias, gritaba a Rogelio:

— ¡Ahora!

El niño, a quien disgustaba que ella lo cogiera de la mano, forcejeaba para soltarse. Esa pequeña contienda retardaba la acción. La madre, indignada, cruzaba sola, e irremediablemente quedaba presa entre los veloces automóviles.

El espectáculo era tan ridículo que el hermético rostro de Rogelio se distendía, dibujándose en sus labios una sonrisa imperceptible. Una vez pasado el incidente, atravesaba la calzada con tal aplomo y compostura, que ella, aunque admiraba su serenidad, lo recibía con gritos y amonestaciones.

Estos altercados sucedían a diario, ya fuera con la madre o las sirvientas, las que terminaron por llegar a un acuerdo con Rogelio, mintiendo cuando, de regreso de la escuela, la señora Carter indagaba sobre el cruce de las calles. Sin embargo, en una ocasión, una empleada nueva que no aceptó la complicidad en que habían caído las anteriores, provocó un lamentable suceso. Se trataba de una mujer de cierta edad, afín a la señora Carter, a quien servía de manera incondicional. Un tanto deforme, debido a una parálisis, dejaba atrás una pierna al caminar y doblaba con dificultad un brazo. El hecho aconteció durante los festejos de la primavera. Era la costumbre que las personas de todas las edades se disfrazaran. Los universitarios, formando espléndidas comparsas, llenaban la Alameda de carros alegóricos cubiertos de serpentinas, guirnaldas y papel picado. El gentío aplaudía al paso de estos vehículos que, rivalizando en ingenio, intentaban obtener los galardones que otorgaban los jueces. Sobre el entablado de los carros, los ruedos de damas de honor se ubicaban en endebles graderías, verdaderas torres de mujeres que remataban en una lejana reina, que, empuñando solemnemente un cetro, empleaba su otra mano no tanto en saludar, como en afirmarse.

Rogelio, como todos los niños del pasaje, se sintió en la obligación de lucir un disfraz para esa fecha. Su madre pensó que si le confeccionaba uno de Pierrot, podría, una vez terminadas las celebraciones, utilizarlo como pijama. El niño se negó a tal cosa, y decidió que ese día no saldría a la calle. La señora Carter, mujer convencional, consideró como un fracaso el hecho de que su hijo permaneciera en casa mientras los demás niños se divertían.

Intentó entonces por todos los medios persuadir a Rogelio de que nadie descubriría el pijama oculto en el disfraz de Pierrot y que, una vez descosidos los grandes botones forrados y la gorguera, sería

imposible reconocer en la prenda nocturna el atuendo de fantasía. La negativa del niño se mantuvo inalterable. Incluso la madre irrumpió una mañana en la escuela, y mientras la maestra daba la espalda a los alumnos para escribir en el pizarrón, ella, asomada a la ventana y provista de un costurero, silbaba a su hijo para que acudiera a tomarse las medidas. Aun cuando la mayoría de los alumnos miraban desconcertados a esa señora que, decepcionada, hacía toda suerte de musarañas, Rogelio seguía copiando en su cuaderno, sin darse por aludido.

Una vez que la señora Carter se convenció de que su hijo no sería un Pierrot más, se dedicó a solucionar de otra manera el problema. Recordó que una amiga le había enseñado en una ocasión un baúl con disfraces antiguos y, sin decir nada a nadie, se dirigió a su casa. Por la noche, regresó ufana con una enorme caja bajo el brazo. Jadeando y enjugándose la frente, la lanzó sobre la cama. Cuando adoptaba modales demasiado groseros, significaba que estaba satisfecha de sus actos.

— ¡Ahí lo tienes! ¡El mejor disfraz de Santiago! — exclamó.

Rogelio, apoyado contra el respaldo de la cama, a causa de su orgullo se negaba a levantar la tapa, aunque su curiosidad era irresistible.

— ¡Ábrela, qué tanta cosa! — dijo ella, haciendo saltar lejos la cubierta de cartón.

El niño no pudo disimular un gesto de profundo agrado.

Se trataba de un maravilloso traje del siglo XVIII, negro, lleno de pasamanerías de oro, encajes, peluca, medias de seda, lazos, guantes e incluso un pequeño bastón con empuñadura de plata.

— Es una réplica de uno que usó el Conde de la Conquista — agregó la señora Carter, repitiendo lo que le había dicho su dueña.

Las piezas del traje le sentaron a la perfección. El justillo, todo bordado de flores doradas y ocre, le ceñía su bien formado torso, y el brocado negro hacía resaltar sus facciones regulares, adivinándose el rubio de sus cabellos bajo la cuidada peluca, atada la coleta con una cinta de raso.

— ¡Eres un príncipe! — reconoció la madre, no sin antes vanagloriarse de su memoria y de la diligencia que había hecho posible que él pudiera exhibir tan extraordinaria vestimenta.

— Te queda pintado. Ni que te lo hubieran hecho a la medida — agregó luego, sacudiéndole los hombros y haciéndolo girar lentamente frente al espejo.

La satisfacción de Rogelio no tenía límites. Nadie podría competir con él. Ni siquiera ese niño de la casa del fondo, quien le había mos-

trado, no hacía mucho, un trajecillo de paje de mangas acuchilladas, con una pluma blanca en el bonete.

Desde las casas del pasaje se escuchaba ese día el bullicio de los primeros carros alegóricos que se arrastraban pesadamente hacia la Estación Central.

La señora Carter ayudó a vestir a su hijo. Los niños del vecindario, convertidos en inofensivos bucaneros y pintarrajeadas gitanillas, aguardaban a Rogelio. Éste no se imaginó siquiera que su madre le impondría la sirvienta contrahecha para acompañarlo. Cuando se lo comunicó, Rogelio pensó que en medio de la muchedumbre lograría escabullirse y perderla de vista.

En cuanto salieron, la mujer lo cogió firmemente de la mano, y como la tenía defectuosa, al querer retenerlo le clavaba las uñas.

— ¡Déjame! — gritó el niño, viéndose prisionero.

Ella no respondió, tironeándolo con violencia. Al llegar junto a los carros y en medio del gentío, la situación se hizo insostenible. La mujer no le dirigía la palabra, obstinada en cumplir con lo que consideraba su deber. Rogelio, por su parte, se sentía sujeto a un ser que afeaba con su cojera y su rostro de mejillas flácidas su atuendo cortésano. Al atravesar la Alameda, ella, para hacerse respetar, redobló su maltrato, llegando aun a golpearlo.

Un transeúnte que presenciaba los hechos tomó a la empleada de un brazo, reprendiéndola con dureza. Rogelio una vez libre, recogió del suelo la peluca, y esgrimiendo su bastón, le dio varios golpes, lo que hizo que ésta, indignada, lo arrastrara de vuelta a casa. Al llegar, anunció a su patrona que dejaba el empleo.

Esa decisión dio lugar a que la señora Carter abofeteara a Rogelio, mientras le sacaba a tirones el traje. El disfraz fue devuelto esa misma noche. Oculto entre sus prendas, iba el bastón hecho pedazos.

Así como la señora Carter tomaba tantas precauciones para atravesar una calle, dejaba de hacerlo cuando se trataba de cruzar su propia vida. Su temperamento nervioso, aprensivo hasta la demencia, y la aspereza de sus modales, curiosamente se dulcificaban por las noches, volviéndose una dama irreconocible, de acentuadas tendencias románticas. Gustaba sentarse al crepúsculo en un sillón de mimbre, junto a la ventana de su pieza, y recitar los trozos más célebres del libro *Las cien mejores poesías*. Cuando el cielo perdía claridad y dejaba ver el titilar de

las primeras estrellas, como piquetes en una vieja cortina, comenzaba a suspirar una y otra vez, rito con el que cambiaba de personalidad. La persecución incesante que ejercía sobre la cocinera o sobre Rogelio, sus regaños por cada cosa, cesaban de golpe al caer la tarde, y entonces tomaba una actitud lánguida, ajena a lo cotidiano, interesándose sólo en el encuentro del amor a través de una aventura. Canturreando rancias melodías, se encerraba en su cuarto, olvidados totalmente los deberes de la casa.

Rogelio comía en la cocina, y luego, desde su dormitorio, escuchaba tras la puerta cerrada del de su madre esos cantos y declamaciones que de pronto se interrumpían para continuar en sugestivos silencios que hacían al niño imaginar cantidad de alternativas perversas. Tentado estuvo siempre de espiar por la cerradura, y la vez que lo hizo, guardó una imagen imperecedera. Estaba ella sentada ante el peinador, desnuda hasta la cintura. La visión de los senos blancos y de los pezones lo hizo retroceder espantado.

A veces la madre suspendía su monólogo para gritar a través de la puerta:

— ¿Apagaste la luz, Rogelio? No olvides que debes levantarte temprano.

Si en sus aventuras nocturnas alternaba con militares o marinos, solía alterar los términos de esta orden y decirle:

— ¡Recuerda, mañana la diana es a las ocho!

El niño, de espaldas en su cama, sin poder conciliar el sueño, aguardaba atento a que ella abriera la mampara y se lanzara a la calle. Luego de escuchar el estrepitoso golpe de la puerta, un leve y persistente olor a perfume que emanaba del cuarto vacío de su madre penetraba en el suyo.

Las horas se hacían interminables. Para facilitar su regreso, ella dejaba encendida la luz de la escalera, que en ese silencio, al iluminar los muebles y muros desde otro ángulo, acentuaba aún más la soledad en que quedaba la casa.

Cuando alguien deja, al irse, luces encendidas, notifica su ausencia de manera patética. Sobre todo si son aquéllas que usualmente no se ocupan, como ocurre con las de las entradas, los corredores, las terrazas. La iluminación destinada al que regresa hace sentirse a los que permanecen, más aún si se trata de un niño, inmersos en un lugar irreconocible. La bujía de la escalera mostraba los muebles y objetos desprovistos de sentido, reclamando éstos la presencia de esa mujer y

de la iluminación habitual para que les restituyeran su verdadera apariencia.

Rogelio, desvelado, el oído atento a los pasos de la señora Carter sobre los baldosines del pasaje, aguardaba interminables horas, entre-gándose muchas veces a orar, invocando vírgenes y santos de nombres significativos, que pensaba se la devolverían pronto. Lo más apropiado le parecía encomendarse a la Virgen del Perpetuo Socorro. Hincado sobre la cama, las manos juntas, encontraba que no había santo en el cielo que tuviera tanto poder como ella. Al apretar los ojos retenía la luz de la bujía, y entonces veía fugaces resplandores que imaginaba eran respuestas celestiales a sus demandas.

Avanzada la noche, regresaba la señora Carter. Sus zapatos resonando en la acera se escuchaban cada vez más fuerte al ingresar en el pasaje. A Rogelio no le cabía la menor duda de quién se trataba. Una gran paz lo invadía al oír la llave en la cerradura de la puerta, luego en la mampara y finalmente al sentirla subir la escalera. Daba la impresión de que llegaba acompañada de alguien, por el alboroto que hacía.

Envuelta en su apolillada estola de pieles, que luego arrastraba por los peldaños, iba recitando, algo ebria, poesías y arengas militares:

*Entonces el capitán, viendo
que la embarcación se hundía,
lanzó el postrer cañonazo.*

Este último verso coincidía siempre con el portazo con que cerraba su pieza y las carcajadas que allí se seguían.

Rogelio, tranquilo, se dormía. A veces ella olvidaba cerrar la puerta y continuaba sus desórdenes e interminables parloteos por teléfono, que concluían con la frase «amor mío», a un nombre cada vez distinto.

Por las mañanas, frente al lavatorio, Rogelio miraba a su desali-nada madre a través del espejo, y mientras ella lo reprendía por su retraso, él, sumergiendo la cabeza en el agua, intentaba lavar los recuerdos de la noche anterior. Destilando, la alzaba y fijaba nuevamente los ojos en ella, traicionando con éstos lo que disimulaba su rostro impávido. La señora Carter, rápida en esquivar su mirada, seguía con sus reproches, apremiándolo para que llegara puntualmente a clases.

De su padre, Rogelio sabía muy poco. Era éste un hombre de tez morena que, por lo inconstante de sus visitas, daba la impresión de que se aparecía como el genio de la lámpara de Aladino, cuando iba a visitarlos. Alto, siempre vestido de oscuro, calvo, con un sinnúmero de protuberancias en el cráneo que, según aseguraban los niños del pasaje, se debían al alcohol, su risa contagiosa surgía con mucha espontaneidad, humedeciendo sus grandes ojos pardos, cuyo blanco hacía juego con la impecable dentadura, destacándose ambas claridades de la masa opaca del rostro, el cuello, las manos y un inseparable abrigo negro que había adquirido con el uso, como el frac de un libertino, reveladores visos verdes. Por esta razón, su dueño, haciendo mofa de sí mismo, lo llamaba cariñosamente «mi sapo».

En cuanto Rogelio lo veía venir, recortado por el amplio arco del portón, se crispaba entero. La voz sonora del padre, los enormes brazos que no cesaban de agitarse y la manera bulliciosa con que lo requería, hacían que su hijo, avergonzado, lo evitara.

—¡Llegó «el tío Víctor»! — gritaba, lanzando una estruendosa carcajada. El mismo se denominaba «tío», para alejar de ese niño rubio en algo el parentesco.

—¡Un beso al tío Víctor! ¡Un beso al tío Víctor! —reclamaba, a sabiendas de que Rogelio no se lo daría jamás. Esta manera de pedir, frunciendo de manera ridícula los labios, le hacía tanta gracia que redoblaba sus payasadas frente a su hijo. Antes de entrar en la casa los niños del pasaje lo rodeaban, y él, sacando mil y un embelecocos de sus bolsillos, acaparaba su atención. Hablaba de la Guerra del Pacífico, de las historias del «general Baquedano»; hacía desaparecer y aparecer monedas entre los dedos y pintábase en las uñas rostros de bailarinas y calaveras, que vestía con un pañuelo. Distorsionaba asimismo la voz, y estos diminutos personajes mantenían prolongados diálogos con los niños, en tanto Rogelio poco a poco se escabullía hacia el interior de la vivienda. A medida que el bullicio iba en aumento, la esposa abría una de las ventanas del segundo piso para llamarle la atención, y él, obediente, luego de mirarla con toda la ternura de que es capaz quien comprende que, a pesar de su amor, no puede pretender realizarlo, dando explicaciones a su pequeño auditorio, ingresaba en la casa.

Había sido éste uno de esos matrimonios que no requieren de la ruptura para darse por concluidos. A los pocos meses de convivencia,

él prosiguió sus vagabundeos, como de costumbre, y ambos olvidaron el compromiso. Rogelio era todo su orgullo. Comprendía el padre, sin embargo, que sobre ese hermoso niño no podía reclamar ningún derecho, menos aún reciprocidad en el afecto. De allí que resolvió denominarse «tío Víctor».

La señora Carter apenas lo consideraba. Lo único que tenían en común era un viejo Chevrolet color sepia que ella se comprometió a guardar en el garaje de un conocido que vivía a dos cuadras de allí. Obviamente, ella ocupaba el automóvil por las noches, sin el consentimiento de su marido, quien no lo hacía por falta de dinero para gasolina y desánimo en renovar su licencia. Este desinterés no le impedía, no obstante, acudir de vez en cuando a revisarlo. Por las diferentes posiciones dentro del garaje, y las colillas diseminadas en el interior, se percató de que su mujer lo sacaba a escondidas. Si bien es cierto que no le afectaba mayormente este hecho, se sentía en la obligación de hacérselo notar. Último y débil vestigio de su antigua autoridad conyugal.

—María, el Chevrolet está pasado a cigarrillos rubios —reclamaba en voz baja.

—¿A qué? —respondía ella, distanciando en su pronunciación estas dos palabras, como para advertirle que no continuara con el asunto. Lo de los cigarrillos rubios lo decía él con toda intención, insinuando que debían ser señoritos muy remilgados los que conducían su automóvil, ya que, a su parecer, los cigarrillos negros eran más apropiados a un hombre.

Si la visita se prolongaba, la señora Carter no le permitía dormir en el segundo piso, y él, cargando un colchón que destinaban a los alojados, preparaba su cama en el suelo, junto a la mampara.

A veces, Rogelio escuchaba a su madre regañar cuando, de vuelta de sus andanzas, al intentar abrir la puerta, la encontraba atascada por el lecho improvisado en que dormía su esposo.

Durante esas noches, Rogelio no sentía el temor habitual. Y si en invierno arreciaba el frío, en esa casa que, a causa del muro del pasaje, jamás recibía el sol, el padre se desprendía de su abrigo para cubrirlo, susurrándole con mucha ternura:

—Con el «sapo» te sentirás más calentito —lo que, dado lo grueso de esa tela, era efectivo.

Sólo dos o tres noches permanecía junto a la puerta de entrada ese inconstante y tierno guardián, para luego desaparecer por mucho tiempo.

El dinero en ese hogar resultaba insuficiente, y la señora Carter, que sólo se ocupaba en las labores de su casa y que subsistía gracias a los dividendos de unas acciones heredadas de sus padres, se veía muchas veces en la necesidad de vender algún objeto para aumentar sus exiguos ingresos.

Esto la obligaba a colocar anuncios en los periódicos, y luego aguardar durante el fin de semana a los presuntos compradores. Rogelio se había habituado a los regateos de su madre y a las expresiones de euforia cuando ella afirmaba haber logrado mayor precio del que realmente valían las cosas. Alegría fingida que ocultaba el fracaso que en el fondo le significaba recurrir a los enseres del hogar para comer.

En el descanso de la escalera había un antiguo arrimo con cubierta de mármol y soporte dorado que, en una ocasión en que se necesitaba dinero con urgencia, la señora Carter decidió vender. No obstante los avisos aparecidos en los periódicos del sábado y domingo, no acudió nadie. Eran ya pasadas las diez de la noche del lunes, y ella, pensando vender algo menos inútil, ordenaba la cena en la cocina, cuando sonó el timbre:

— ¡Abre tú, Rogelio! ¡Capaz que sea algún cliente! — exclamó, dejando presurosa su delantal en manos de la sirvienta.

El niño abrió la puerta y enrojeció vivamente al encontrarse ante un discípulo muy atildado, a quien acompañaban sus padres.

— ¡Hola, Rogelio! — exclamó éste, quitándose la hermosa gorra de paño con que se cubría.

— ¿Qué tal? — repuso el niño débilmente, dejando a la señora Carter continuar el diálogo.

La madre del compañero, envuelta en un perfumado abrigo de pieles, y el elegante señor que retenía a su hijo de la mano, subieron haciendo crujir los viejos peldaños de la escalera.

Rogelio aguardó abajo, en el vestíbulo en sombras. Al descender los padres y el niño, desengañados, manifestaron interés en adquirir, en vez del arrimo, dos figuras de porcelana que había sobre la repisa del paraguero. La señora Carter se excusó de venderlas, arguyendo que eran recuerdo de familia, y en cuanto se marcharon, las subió con sumo cuidado para colocarlas en su dormitorio.

En el colegio, durante los recreos, Rogelio evitó siempre el trato

con ese niño, y éste, por su parte, supo entender aquella actitud, no haciendo jamás una alusión a tan penoso hecho.

El patio junto a la escalera no tenía más de tres metros por lado y acumulaba una luz mortecina que filtraba el techo de vidrios empavonados, y que luego se esparcía a través de la puerta y las ventanas que daban al pasillo, rescatando apenas de la penumbra los objetos y muebles que allí se encontraban.

Era este patio un cubo de luz que sólo se abastecía a sí mismo, no cumpliendo la función para la que había sido ideado: iluminar ese sector de la casa. El piso de baldosas en relieve tenía al centro una tapa de fierro calado por donde se escurría el agua. La oscuridad del pasillo y la pequeña bodega lateral, en la que jamás entraba la luz, el gris de los muros y el polvo sobre los cristales, daban a todo ese lugar un tono monocromo, descolorido. Sin embargo, allí donde nunca un rayo de sol encendió vivos colores ni destacó finos materiales, una riqueza mayor se lograba, como si ese tamiz que era el patio, destinado a iluminar sólo la miseria, premiara a ese recinto, imprimiendo a cada objeto del pasillo, a los viejos utensilios, la loza, el pan que ahí se guardaba, los implementos del aseo y numerosos tientos y macetas, un peso, una calidad y una presencia casi sagrada.

Su hermosura era incomparable. Lo superfluo no tenía allí lugar. Aquella iluminación regida desde lo alto, con variaciones imperceptibles de intensidad, eximía al patio de las alteraciones violentas del día, confiriéndole a éste y a sus vecindades la inasible condición intemporal.

Apoyado, pensativo, contra el marco de la puerta que comunicaba con el patio, Rogelio adquiría esa palidez, y su pelo rubio, sus ojos azules y su inseparable chaleco encendido se desteñían, tomando él, gracias a su inmovilidad y a la pobreza circundante, la apariencia de un ángel.

Por algunos meses convivió con la familia una joven tísica que, a cambio de un plato de comida, se ofreció a bordar un interminable y complicado mantel de hilo que la señora Carter ambicionaba. Venía de un hospicio y, según aseveraron las autoridades del establecimiento, se encontraba ya recuperada y en condiciones de trabajar para ganarse el sustento. Se llamaba Sofía y la enfermedad había descolorido su tez morena, circundando con profundas sombras sus pó-

mulos y la cuenca de los ojos, los que, a pesar de ello, mantenían un brillo extraño.

Cosía en el corredor, cerca de la cocina, frente al patio, cabizbaja, extendiendo la pieza de hilo sobre una mesa forrada en papel que la señora le había preparado. Sus manos blancas no se detenían ni un segundo, mostrándose prolijas ante tanto paño por bordar, diseñada con tiza la ornamentación que debían calar y ribetear con hebras finas. Sofía era joven y Rogelio la encontraba hermosa, demostrándole con su compañía y silencio que valoraba como nadie su ardua labor. Ella, cubriéndose la boca con el dorso de la mano, ahogaba los continuos ataques de tos. Por las tardes, en cuanto dejaba la casa, la señora Carter abría ostensiblemente la puerta del patio para ventilar ese recinto que, aseguraba, había quedado infestado. También hacía hervir los platos y cubiertos que ella ocupaba.

Las atenciones de la señora para con Sofía fueron disminuyendo a medida que el mantel avanzaba. Pesado, hermoso, adquirió sobre esa mesa de trabajo, y no en otra, la calidad maravillosa de todo lo que tocaba la luz del patio, tan enferma como la bordadora.

Una tarde de domingo en que Rogelio permanecía sentado en el escalón de la puerta, observando distraído cómo los niños del pasaje se deslizaban sobre patines o jugaban con sus pelotas de goma frente a las fachadas, vio venir a Sofía con una vieja caja de mandolina. Hacía meses que el mantel estaba terminado.

Por sobre el muro, un cielo bermellón daba un tinte encendido al lugar, intensificando el verdor de las hojas mustias de los acantos.

La caja era de madera muy barnizada y la mujer la sostenía por una manilla de bronce. Sin decir nada, se inclinó junto al niño y descorrió el pestillo de la tapa. En el fondo, agazapado, un pequeño conejo plegaba sus orejas contra el lomo. Era blanco y temblaba. Rogelio lo sacó y condujo al patio de luz, en medio de los regaños de la señora Carter que ahuyentaron a Sofía, quien, al cruzar el portón del pasaje, dio la impresión de una sombra que se sumaba a otras en medio del bullicio callejero.

2.

El arco del portón, visto desde el pasaje, tenía la apariencia de un escenario donde obras anónimas y actores desconocidos se exhibían sólo por un instante. Vendedores con cestas forradas en cartón, ciegos de quienes se decía que veían, mendigos inmensamente ricos según el comentario de los niños. Toda una cáfila de ociosos que, al ingresar en ese recinto, albergaban la ilusión de obtener algo de esas doce puertas alineadas.

A veces los acontecimientos callejeros superaban en desorden al que por las tardes hacían los niños.

En más de una ocasión, vio Rogelio a transeúntes gritando, perseguidos por destacamentos de caballería, lanza en ristre, que hacían resonar el pavimento bajo sus herraduras, o bien microbuses con los vidrios rotos, repletos de heridos, custodiados por carabineros. Bajo el gobierno radical fueron dominados unos disturbios frente al Club de la Unión y en la Alameda. Los manifestantes, brutalmente reprimidos por la fuerza pública, buscaron refugio en las calles San Martín, Riquelme y Manuel Rodríguez, mezclando sus consignas con el bullicio del tránsito, los disparos y las bombas.

Como era costumbre en esos casos, la señora Margarita mandó cerrar apresuradamente la reja. Esta vez la orden no se pudo cumplir. Los huelguistas hacía rato que ocupaban la calle. Rogelio se vio envuelto entonces en una turba desesperada que ingresó en el pasaje, seguida de cerca por los coraceros, decididos a arremeter con sus sables desnudos. Las bestias subían y bajaban de la vereda, en medio de los automóviles. Milagrosamente, uno de los vendedores ambulantes tomó a Rogelio por la cintura y huyó con él calle abajo hasta un almacén, cerrando violentamente la cortina metálica. Atemorizado, oculto tras unos sacos de legumbres, el muchacho escuchó el golpe de las piedras contra los muros y las puertas, los gritos de las víctimas y el resbalar de los cascos. Varios niños del pasaje había allí, junto al almacenero y su familia.

La señora Carter, fuera de sí, juraba «en cruz», como ella decía, hincada en la cocina y abriendo los brazos:

— ¡Juro por la memoria de mi padre, que está en la tumba! — y luego se ponía a llorar de manera tan estridente que, más que emocionarse, aterraba.

Al salir del almacén, vislumbró Rogelio en la Alameda fogatas y

jinetes que galopaban veloces ante ellas, volviéndose oscuras siluetas como recortadas en papel.

Los hechos de la vida callejera se sucedían en ese luminoso escenario sin respetar orden alguno, mezclándose en él los temas y los protagonistas más disímiles.

Sobre las imágenes, aún presentes, del hacinamiento de víctimas que el humo de la pólvora y las fogatas dejaban entrever, o las horribles escenas de agresión de jinetes contra civiles, estampas todas éstas imborrables, aun cuando ahora la calle aparecía despejada, se superponían otras de igual relieve. Doblando la misma esquina por la que una semana antes huyera ese puñado de manifestantes, se veía venir un grupo de pacíficos devotos seguidos por un gentío, cargando sobre sus hombros un anda en que llevaban una imagen de la Virgen, que por estar firmemente adherida a la plataforma, imitaba los vaivenes de ésta. La perfección de la talla, el modelado de los rasgos, la brillantez de los ojos, la dulzura de su expresión, el rico atuendo y la actitud conciliadora de las manos, desconcertaban al mostrar su cuerpo tanta rigidez, pareciendo que a cada tropiezo de los que la cargaban, era ella la que perdía el equilibrio.

La señora Margarita invitaba para esa ocasión a familiares, amigos y a uno que otro arrendatario. Abiertas las ventanas que daban a la calle y al paso de la procesión, agitaban pañuelos en tanto comían a hurtadillas dulces y bizcochos que las sirvientas distribuían con disimulo.

Una vez integrados los Carter al grupo de familias que allí moraban, volvió el pasaje a la rutina.

Los acontecimientos posteriores a los desórdenes callejeros de abril no tuvieron mayor trascendencia, y fueron éstos, para Rogelio, de orden doméstico. A los cuidados que daba a su conejo, al que bautizó como el bufón de *Ivanhoe*, Wamba, hijo del Sin Sesos, siguieron los que prodigó a un pescado que, con gran resistencia de su madre, echó a nadar en un florero celeste de gollete angosto. Las flores talladas en el vidrio sugerían las del fondo del océano. Era este pez una carpa que fue adquiriendo tales dimensiones, que a cada pirueta que hacía derramaba el agua sobre la mesa.

Por las tardes, Rogelio tomó la costumbre de acudir al almacén.

Allí se formaban amenas tertulias, motivadas por el célebre concurso de una fábrica de caramelos, que distribuía unos álbumes para pegar en ellos pequeñas láminas de *Las bellezas de Italia*. Fue la primera vez que oyó hablar de *La Gioconda*, Rafael Sanzio y sus madonas, el lago de Como, la torre de Pisa. Engrudaba en la cocina esas estampas, y cambiaba por algunas que le faltaban aquéllas que en los sobres venían repetidas.

Los sucesos más sobresalientes de ese período, sin embargo, los ocasionaron algunos visitantes nocturnos: ratas y pericotes que armaban mucho barullo por las noches, cuando desbastaban la pata de un mueble o los peldaños de la escalera. La señora Carter daba grandes gritos, y a veces tuvo la suerte de tener a su lado al «tío Víctor», quien, premunido de una escoba, perseguía a los roedores. Somnolientos, aguardaban madre e hijo a que los chillidos y golpes devolvieran el silencio a la noche. También se contaban entre los intrusos a los fantasmas. Aconteció más de una vez que una de las cocineras de turno, imposibilitada de dormir por las «macabrerías» que según ella le hacían esos espíritus malignos, acudiera al pie de la escalera para denunciarlos a la dueña de casa.

—Señora, aquí es terrible como «penan» —reclamaba.

La madre de Rogelio, no sabiendo cómo resolver esta situación que rebasaba su poder, asentía con la cabeza, en silencio, grave y molesta, sin dudar ni un momento que la afectada había visto esas espeluznantes escenas.

La sordidez de ese angosto recinto, la hilera de viviendas contiguas, el portón de rejas, el enorme muro, la casa de altos, las escuálidas plantas, guardaban cierta similitud con los ambientes que Rogelio veía en los filmes de aventuras de los cines del barrio. De vuelta de presenciar las discordias entre Luis XIII, Richelieu y los mosqueteros, e ingresar donde vivía, se percataba de que allí era posible que continuaran su encarnizada lucha D' Artagnan y sus amigos. Creía ver en los corredores en penumbra a los personajes históricos que la cinematografía ha escogido para deleite de la imaginación. La silueta altiva y serena de María Estuardo camino del cadalso, escondiendo un perro de aguas entre sus ropas, o las carcajadas de Enrique VIII, manos en jarra copia fiel de los retratos de Holbein. Luis XVI, rodeado de sus familiares en el Temple, tallando minuciosamente un juguete de madera para el Del-

fin. César Borgia, ajustando cuentas a un *condotiero*; Hamlet, deambulando, la razón perturbada; Julio César, desoyendo a Calpurnia antes de acudir al Senado; o aquel príncipe gitano encarnado por Orson Welles, que atravesando escombros y puertas destrozadas, subía solemne las escaleras vacías del palacio, cruzaba el patio adoquinado y, en fin, vagaba por las estancias no resolviéndose a depositar en ningún lugar seguro el cadáver de su amada.

De no haber irrumpido violentamente en la casa «E» la señorita Perla Muro, ésta se habría llenado de ratas, fantasmas y una galería de personajes legendarios, cada uno con un destino más patético que el otro. Pero la llegada de esa amiga íntima de la señora Carter trajo grandes cambios a la familia.

Era esta mujer más bien maciza, de piel muy blanca y ademanes rápidos, moviendo con agilidad su voluminoso físico. Llevaba los cabellos sueltos y largos, llenos de rizos alrededor de su rostro ancho de ojos diminutos, de color impreciso. Sabía, por medio de polvos y afeites, disimular un tanto el largo de su nariz, la que terminaba a escasa distancia de su boca grande, siempre sonriente, nunca completamente cerrada. Las manos se movían con tal independencia que se pensaba podían girar en redondo, como las de las muñecas de goma. Vestía en forma extravagante, y sus trajes, por lo general oscuros, muy ceñidos, seguían, como tapiz de mueble, todos los accidentes y sinuosidades de su cuerpo. Los pechos eran imponentes y ella los exhibía rebajando el escote, estableciendo un límite impreciso como el de tierras en litigio. Hablaba sin interrupción de mil y un temas, la mitad verídicos, los otros fantasiosos. Reía de manera contagiosa y estaba dispuesta al llanto en cualquier momento. Los cigarrillos se sucedían sin ningún intervalo, encendiendo uno con el otro y dejando cenizas por todos lados, menos en los innumerables ceniceros que, como hitos de un camino, había diseminados por toda la casa. Quemaba colchas, manteles, fundas, alfombras, vestidos. Siempre estaba apagando un amago de incendio. Estableció su centro de operaciones en el dormitorio de la señora Carter, en su cama de matrimonio, junto al teléfono, el que no dejó de funcionar día y noche. Instalada allí en enaguas, cubierta con una manta y premunida de una diminuta libreta de anotaciones, interfería en la vida de una gran cantidad de personas. A través del humo de la habitación, Rogelio, silencioso, observaba la actividad febril de

esta mujer, secundada por la señora Carter, a quien la risa hacía palpar las aletas de la nariz. Los chistes, los naipes sobre la cama, el infaltable vaso de cinzano y el teléfono repicando sin cesar, eran su vida. El naipe desempeñaba sólo dos funciones: la de desplegarse en un gran rectángulo sobre la frazada para completar un solitario con mucho diálogo, o la de sacar la suerte. En esto era Perla Muro una experta. Sabía cambiar su aterciopelada voz cotidiana por un tono sordo, lleno de sugerencias, cayendo en estudiados trances de los cuales le resultaba difícil regresar. Cuando daba por terminada la sesión, lanzaba lejos la baraja y con mucha teatralidad pedía un vaso grande de cinzano con hielo, y música. Poseía un nécessaire repleto de discos a la moda, y uno que se titulaba *El corral* la hacía entrar en tal estado de nostalgia que sólo un baño de agua caliente con sales, como ella exigía, era capaz de volverla a la existencia. A Rogelio lo llamaba «mi marido», y a pesar de haber convertido esa casa en un tugurio, tenía para con el muchacho variadas muestras de afecto. En una ocasión lo llevó al cine, haciéndolo sentirse todo un hombre al introducir su brazo bajo el suyo. Rogelio cruzó la calle Huérfanos con una de las mujeres más llamativas de Santiago. Eran las tres de la tarde y Perla vestía un traje negro de raso brillante, medias caladas, zapatos de tacos como agujas, cartera con cadena y tantas joyas al cuello y pintura en el rostro, que resultaba imposible dejar de mirar a tan increíble pareja.

A donde iba firmaba vales, y cuando se instaló en la casa de los Carter inquirió por el nombre del almacenero, del librero, el tintorero y el resto de los comerciantes. Luego los visitó, se hizo su indispensable confidente, les sacó un par de veces el horóscopo, la suerte, y comenzó a pedir crédito. Llamaba por teléfono para hacerse llevar los cigarrillos, los licores, los cosméticos. Los repartidores permanecían apoyados en sus triciclos, las cabezas levantadas y fijos los ojos en Perla, quien, desde la ventana, continuaba con las promesas y saludos para sus respectivos patrones.

Era ella una prolija costurera, y con la señora Carter instalaron una máquina portátil de coser sobre la cama. Allí ambas mujeres diseñaban y cosían las prendas que lucirían por la noche. Perla sabía transformar cualquier cosa. Persuadió a la señora Carter de que su ajuar estaba pasado de moda, y entonces las dos confeccionaron con él una colección de trajes estrafalarios que incitaban la burla y compasión de los demás. Los perfumes de olor pesado no podían faltar, y en partes tan inusuales como en los codos y tras las orejas. De continuo hacían

mandas a los santos para satisfacer algún deseo, dejando velas prendidas por todos lados.

La cocinera no alcanzaba a comprender su nueva situación, porque antes de que se diera cuenta de que durante el día había acudido al dormitorio treinta veces para cambiar la bolsa de agua caliente, llevar tazas de café con ron, ir en busca de fósforos y cigarrillos, y otras tantas exigencias menudas, se encontraba, ante el espejo del ropero, repleta de alfileres, sirviendo de maniquí para los vestidos de las señoras, o sentada al borde de la cama escuchando embelesada lo que de su porvenir revelaban las cartas, no sin antes haber escogido entre «piedra» u «ópalo», pregunta indispensable con la que la señorita Perla Muro daba comienzo a sus vaticinios.

La señorita Muro era además una lectora empedernida. A toda hora y en cualquier lugar estaba ante un libro abierto, hábito que en poco tiempo debilitó su vista, viéndose en la obligación de usar unos anteojos de gruesos cristales que suavizaban un tanto su mirada. No seleccionaba sus lecturas, y así, en menos de un par de semanas, devoraba los varios tomos de la obra de Marcel Proust, para luego continuar con viejas revistas como *El Fausto*, encuadernadas por Rogelio en las clases de trabajos manuales. Sólo captaba la frase que estaba ante sus ojos. Lo ya leído se esfumaba rápidamente de su mente, y de este modo, si alguien le cambiaba de lugar la marca, volvía a releer aquello sin darse cuenta. Su memoria tenía la consistencia de la del esquiador, cuya velocidad al descender la pista le obliga a grabar sólo por un instante las diferentes imágenes que percibe.

Esta pasión por los libros no dejaba de ser ventajosa, ya que le permitía no tomar parte en nada que pudiera comprometerla. Cuando algún acreedor se hacía presente, ella estaba absorta en la lectura. Lo mismo sucedía en las disputas entre la señora Carter y su hijo o la servidumbre.

Decía haber llegado a esa casa directamente desde Buenos Aires, ciudad en donde poseía más de la mitad de las acciones de una fábrica de portadocumentos que se denominaba Cuero-Fix. El gerente era un distinguido señor a quien ella llamaba por el diminutivo de Freddy. Esta enorme responsabilidad la obligaba a comunicarse continuamente por teléfono con la capital argentina, para apresurar unos estados de pago pendientes que no llegaban nunca. Cuando se sentía herida, ya

sea porque la señora Carter rehusaba satisfacer algunos de sus caprichos o bien porque la cocinera le ponía mala cara al subir hasta el anochecer con la bandeja, ella invocaba al tal Freddy, significando con ello que en esa casa no la trataban como se merecía la propietaria de una importante industria.

Estaba por cumplirse un año desde que Perla Muro había trastornado ese inestable hogar, cuando la señora Carter advirtió que faltaba dinero de su bolso.

— ¡Me han robado! — repetía, subiendo y bajando las escaleras, mientras todos, imitando al conejo del patio de luz, se encogían atemorizados. Perla volvía con gran velocidad las innumerables páginas de *Por siempre Ámbar*. De pronto, como si el fajo de billetes hubiera caído del techo, exclamó:

— ¡El pescado! ¡El pescado de Rogelio!

La madre, la sirvienta y el niño la miraron desconcertados.

— ¡Él es el culpable! ¿Qué no sabes, María, que los peces en redoma traen mala suerte?

La señora Carter no quiso escuchar más. Caminando con paso decidido, cruzó el corredor del segundo piso, cogió el florero en donde la carpa ya casi no cabía y, sin contemplaciones, lo vació en el resumi-
dero.

Perla Muro hundía su nariz, como garza en un pantano, en la ya muchas veces releída página.

El Chevrolet de los Carter, debido a que lo usaban con mucha frecuencia, permanecía constantemente estacionado frente al pasaje. Les resultaba demasiado incómodo a ese par de mujeres ir a dejarlo cada vez al garaje. Nada le podría suceder estando allí a la vista, decían.

Se organizaron continuas fiestas en la casa. Los invitados aguardaban en el primer piso, en tanto ellas, arrebatándose el lugar ante el espejo, se emperifollaban con la esperanza de producir un gran efecto al descender la escalera.

A Perla Muro le gustaban las cenas con candelabros y velas encendidas. Tenía una manera muy especial de decorar la mesa, y lo abigarrado de los adornos casi no dejaba lugar a los cubiertos y platos.

Advertía Rogelio, al espiar desde el corredor, que en el vestíbulo el paragüero soportaba una gran cantidad de gorras y capas militares.

La estridente risa de su madre sobresalía del murmullo de las voces masculinas.

En ocasiones llegaban hasta la casa «E» maletas muy bien aseguradas por medio de fuertes correas y candados. Perla las hacía conducir de inmediato hasta el dormitorio de María, y allí, ante el desconcierto de la criada y el niño, desempacaba cargamentos de contrabando traído por sus amistades desde el país vecino. En pocos días, una multitud de personas hurgaba en esas valijas, disputándose el whisky importado, las radios portátiles, los secadores de pelo y cantidad de artículos que en el comercio local no existían. Toda esa gente en torno de la cama iba, al codiciar las mismas cosas, subiéndoles el precio, considerando una victoria el quedarse con algo que le habían quitado a otro.

Perla no cancelaba sino las cuentas que era imposible eludir. El resto de las ganancias iba a dar a un ruinoso casino clandestino. La ruleta se llevaba el dinero, y a ellas el Chevrolet del señor Carter, que volvía a casa en pésimas condiciones.

Ajeno en cierto modo a estos acontecimientos, uno de los militares que habitualmente las visitaba comunicó a la señora Carter que, por unos negocios, asuntos éstos desde luego mucho menos oscuros que los de Perla, debía hacer un viaje a Buenos Aires. Apenas dio a conocer sus intenciones, la señorita Muro le rogó que tomara contacto con Freddy.

—No sólo es un amigo —aclaró—, sino todo un *gentleman*. Ya verá usted, capitán.

La señora Carter tenía interés en que, en la medida de lo posible, se solucionara la situación de su amiga, que ya vivía con ellos más de un año. La visita del militar serviría para averiguar sobre el gerente y la envergadura de la empresa. No sería extraño, como aseguraba Perla, que este distinguido señor le enviara un cuantioso giro para cancelar sus cuentas y dejar la casa.

En cuanto arribó al aeropuerto, el amigo de los Carter telefoneó a Freddy. Quedaron de acuerdo en juntarse en plaza Lavalle, enfrente del teatro Colón. Allí lo recogería en un taxi a las seis de la tarde. En consideración a su importancia, el capitán llegó puntualmente a la cita. No así el magnate, quien lo hizo con diez minutos de retraso.

Se trataba de un hombrecillo de barba canosa en punta y guantes de cabritilla en muy mal estado, como el sombrero y las polainas. Cubría su diminuto cuerpo un enorme abrigo de corte antiguo. Con ademanes afectados, tomó asiento junto al militar en la parte posterior del taxi, cuyo marcador mostraba ya una elevada suma.

Al ingresar por 9 de Julio para luego tomar la Avenida de Mayo, rumbo al Congreso, este señor preguntó:

— ¿Sabía usted que yo ostento el título de conde?

— No tenía la menor idea — repuso el capitán, distraído, pensando que su falta de efusión ayudaría a su acompañante a no volver a caer en otra extravagancia. Como el tiempo transcurría y no había manera de romper el silencio, el conde indicó al chofer que se detuviera, y bajó del automóvil sin despedirse.

A su regreso a Santiago, el amigo de las señoras no supo cómo explicarles el resultado de su diligencia. Comprendió, eso sí, la señora Carter que la industria Cuero-Fix no había producido ni siquiera un maletín que sirviera para meter en él ese montón de vales y pagarés sin cancelar que la señorita Muro guardaba en su velador.

Desengañada, la señora Carter quiso librarse de su huésped, como lo había hecho antes con el pez del florero. Ya que su amistad se lo impedía, pidió auxilio a su esposo, quien, sin miramientos, la expulsó de la casa. Al cabo de una semana, Perla Muro abandonaba el pasaje para instalarse en un hotel céntrico de la capital. Allí, sin pagar las cuentas, se mantuvo varios meses todavía. Terminado este plazo, salió por el alfombrado recibidor, a través de la puerta giratoria, rodeada de policías.

Recluida en una casa de religiosas, conmovió por su buena conducta y la dedicación permanente que mostró hacia la costura. Poco a poco estos afanes fueron cambiando y entonces enseñó a las reverendas a sacar solitarios, y más tarde les indujo a que conocieran, a pesar de que lo tenían bien asegurado, el futuro que les aguardaba. Bajo un gran ceibo, Perla, junto a las religiosas, volvió a ser la de siempre. A cada momento se veía una hermanita cruzar la iluminada extensión de pasto con una humeante taza de café con ron.

Cuando cumplió su condena, las religiosas apenas la encaminaron hasta la puerta. Ellas nada tenían que hacer en la calle. La reja, al cerrarse tras la señorita Muro, las dejó confundidas con el resto de las prisioneras.

Sucedía en otoño. La calle asoleada mostraba a lo lejos un pequeño bulto, que Perla, por su miopía, no alcanzaba a distinguir bien. Cuando se adelantó lo reconoció de inmediato. La bien plantada figura de Rogelio era inconfundible. Resuelto, el niño le tendió el brazo, y mien-

tras ella sollozaba, detuvo un taxi, que con sus ahorros podía pagar, y la condujo donde Perla le indicó.

Al regresar Rogelio al pasaje, su madre le explicó que se desocupaba la casa «B» y que la señora Margarita ya tenía arrendatarios.

— ¡La casa «B»! — repitió Rogelio, sin pensar lo que decía, tan absorto estaba en sus cavilaciones. Nadie sospechaba que durante todo ese tiempo había amado a esa mujer extravagante y embustera. Le encantaban sus cuentos, le atraía la manera audaz con que descalificaba el mundo y, a pesar de ello, lograba sobrevivir. La hallaba fascinante, maltratada por la sociedad, y pensaba en ese provocativo escote que tantas veces deseó quitar para darse al placer de sus caricias. Soñó que con ella se bañaba desnudo en el remanso de un río, a la sombra de unos sauces. Soñó que dormían juntos, y al despertar y no encontrarla a su lado, prometió serle fiel, aunque ella lo ignorara. Cuando fuese mayor le ofrecería matrimonio, evitándole de ese modo la vida de embustes que ahora, por su soledad, se veía forzada a llevar.

A punto estuvo de declararle su amor, mientras aguardaba aquella mañana a que las religiosas la dejaran ir.

— ¡Más adelante! — exclamó en voz alta.

Su madre, creyendo que no la había escuchado, le recalcó:

— ¡No, no más adelante! ¡Es ahora que se desocupa la casa «B»!

3.

La casa «B» no se alquiló sino hasta después de dos meses. La ocupó una familia que, además de vivir en ella, la necesitaba para instalar una fábrica de lámparas. Esta doble función le significó a la señora Margarita un mayor ingreso.

Los nuevos arrendatarios se apellidaban Rosales. La madre, una mujer alta, enérgica, muy rubia, siempre sonriente, era quien conducía el negocio. El padre, en cambio, de estatura menos que mediana, al que le holgaban un tanto los pantalones, exhibía en todo momento un cigarrillo encendido entre los labios y un ancho quepis con la visera vuelta hacia atrás, que sólo le cubría la nuca. Completaba la familia Melania, una niña de hermosos ojos negros como el pelo sedoso que le caía hasta la cintura, y dos operarios con anchos overoles y mal calzados, que trabajaban y dormían en el subterráneo.

El día del traslado, luego que hubieron terminado con los muebles grandes, comenzaron a bajar del camión una cantidad de cajones con piezas de bronce. Cargaban los operarios sobre sus hombros largos collares de lágrimas y cuentas de cristal que, al introducirlos en la opacidad del pasaje, refulgían como desfile de estrellas. Cerraba este cortejo un amoblado de color rosa, con calcomanías en la puerta del velador y el respaldo de la cama. Rogelio, quien observaba esta exposición desde la entrada de su casa, comprendió que aquel era el dormitorio de Melania, quien, a modo de reproche, lo miró altivamente, apretando con fuerza contra el pecho una muñeca regalona.

No sólo los de la casa contigua a la fábrica de lámparas tuvieron que soportar los ruidos y vibraciones de las maquinarias que allí empleaban, sino también la totalidad de los habitantes del pasaje. Acudían además numerosos clientes en demanda de tulipas, arañas, repuestos o transformaciones.

Para Rogelio, sin embargo, el ruido de los tornos, esmeriles y sierras significaba la posibilidad de que esa niña, sólo un año mayor que él, pudiera corresponderle en lo que por ella comenzaba a sentir. La contemplaba horas enteras sin aburrirse, mientras Melania, moviendo graciosamente la cabeza para quitar el pelo de su rostro, jugaba con una pelota de goma. Desde luego, a él le era imposible imitar esas destrezas que hacía frente al muro, ya sea con las rodillas, la frente o los puños juntos. Pero sí estaba presto a recoger la pelota cuando ésta se deslizaba a lo largo del pasaje. Era roja, blanda, de rombos en relieve, diferente de la que él y sus compañeros pateaban, levantando polvo, en el patio de la escuela. A Melania le resultaba natural que ese muchacho rubio, de cuidada apariencia, se la recogiera cada vez, y no se molestaba en darle las gracias porque su intuición de niña ya sabía de las ocultas transacciones del amor. Tampoco a ella le era indiferente, y la falta de diálogo los comprometía, sospechando ambos que la amistad descarta la posibilidad de un idilio.

De vez en cuando se abría uno de los ventanucos de la casa de altos y una voz distante reclamaba por el maltrato que recibían los deshilachados acantos.

La víspera de Navidad, Rogelio permanecía sentado, como era su costumbre, en el escalón de la puerta. Se adivinaba desde ese sitio, por el color dorado que adquiría paulatinamente la guarda del cielo

sobre el muro, que a otras personas había correspondido presenciar un atardecer maravilloso.

Fue ésa una fiesta memorable. Se iniciaron los acontecimientos con la actitud insólita de la señora Carter, quien salió apresurada al pasaje y, por primera vez en su vida, al cruzar frente a su hijo, le preguntó:

— ¿Tienes pena?

En realidad, no era ella capaz de hacerse cargo de lo que encerraban esas palabras, por lo que agradeció a Rogelio el silencio con que le respondió. Luego entró en la casa, para salir nuevamente con un paquete que le puso sobre las rodillas. Era un suéter reversible de dos colores, por el anverso gris muy severo, y por el reverso azul, tachonado de pequeños puntos blancos, como los que en ese momento lucía la noche.

— Gracias, madre — exclamó emocionado, y levantándose sobre la punta de los pies, la besó en las mejillas.

Mientras cenaban — la señora Carter había encendido candelabros como en tiempos de Perla Muro —, se hizo presente el tío Víctor, quien golpeó con fuerza la mampara y, sin saludar a nadie, irrumpió en el comedor, lanzando sobre la mesa golosinas, licores y cantidad de regalos envueltos en ostentosos papeles, con cintas y tarjetas.

Tras la puerta, la cocinera se enjugaba el llanto con el borde del delantal.

Fue el timbre el que sonó esta vez, tan breve que delató de inmediato a quien lo oprimía. Rogelio de un salto estuvo ante la puerta. Sólo la cara de Melania se destacaba, ya que el pelo y su cuerpo se fundían con la oscuridad.

— Toma — le dijo, y sin aguardar respuesta, regresó con pasos de baile hasta su casa. Rogelio no se atrevía a desatar el obsequio, envuelto en delicado papel de seda blanco, atado por una hebra de plata. Lo dejó sobre el paraguero, y al levantar el rostro, se encontró con un niño sonriente que lo observaba desde el espejo.

— ¿Qué hay? ¿Quién llama? — indagó la señora Carter, tratando de poner orden en el desparramo que el tío Víctor había dejado encima de la mesa.

— ¡Nada, nadie! — respondió Rogelio, examinando alborozado entre sus manos un hermoso alfiler de corbata que tenía, sobre una barra dorada, un pequeño revólver de nácar.

El verano que siguió a esa Navidad fue caluroso en extremo. Aun cuando es habitual que en Santiago refresque por las tardes, durante ese enero no sucedió así y parecía que en las noches se intensificaba la temperatura, permaneciendo los muros, los techos y el pavimento tan candentes como cuando les daba el sol. La gente dejaba puertas y ventanas abiertas, esparcía agua en las veredas y, sentada a la intemperie, rehusando meterse en la cama, permitía a sus hijos jugar en las calles hasta bien entrada la noche. Toda la intimidad de los hogares quedaba al descubierto, y sus moradores, apenas vestidos, y en actitudes un tanto vulgares, se abanicaban tratando de paliar en algo la temperatura excesiva.

El pasaje mostraba un aspecto peor que el de la calle, debido a que el gigantesco muro se encargaba de caldear aún más ese angosto lugar. De vez en cuando alguna dueña de casa salía hasta su puerta y desde allí arrojaba a los acantos un lavatorio de agua.

Rogelio, a diferencia de los demás niños, permanecía en su dormitorio, ocupado en algún pasatiempo, mientras bajo su ventana se oía el parloteo que sostenían su madre y las vecinas.

Fue a fines de ese mes cuando, una noche en que ordenaba su álbum de *Las bellezas de Italia*, absorto en la armonía de los rasgos de la *Flora* de Ticiano, sonó el teléfono.

—Rogelio, atiende tú, yo estoy ocupada —gritó la madre, volviendo a sus habladurías.

Al cabo de un momento, el niño se asomó a la ventana y le advirtió:

—Es para usted. De parte de la señora Margarita.

En cuanto hubo pronunciado este nombre, varias personas que había cerca se introdujeron en sus casas, como bolas de billar en las troneras.

Luego de hablar dos o tres palabras, la señora Carter, un tanto desconcertada, se detuvo en la puerta del dormitorio de su hijo:

—La señora Margarita te invita a pasar unos días en la playa, tiene una casa de veraneo en El Quisco y está aguardando la respuesta en el teléfono.

Esta retahíla de frases las dijo sin ninguna pausa, mientras a Rogelio se le caía *El Coliseo* de las manos.

La primera reacción del niño fue negarse, pero su madre lo persuadió a que aceptara:

—Te hará bien. Además, es una ofensa si rehúsas.

—De acuerdo —respondió Rogelio, indeciso, en tanto escuchaba las respuestas serviles de su madre en el teléfono, las escasas recomendaciones que hacía y las muchas imposiciones que aceptaba.

—Hay que preparar la maleta ahora mismo. Mañana parten de madrugada. Le he dicho que tú no tienes traje de baño, pero la señora Margarita me explicó que en su casa siempre hay más de alguno, que dejan olvidado los sobrinos que la visitan.

Esa noche, mientras Rogelio dormía, la luna iluminó como de día su dormitorio, destacando la cantidad de pequeñas láminas que habían quedado desordenadas sobre la mesa. El *Moisés*, de Miguel Ángel, la *Catedral de Florencia*, el *Perseo*, de Cellini, San Marcos de Venecia, y un gran número del *Marco Aurelio* ecuestre, lámina ésta tan repetida que formaba un verdadero escuadrón.

Rogelio Carter no conocía el mar.

Antes de la partida tuvo que hacer una última diligencia. Introducir el conejo en un canasto cerrado por un pasador y entregarlo a Melania, quien lo recibió sin poner objeciones.

La mañana esplendorosa contribuyó a que Rogelio apreciara por primera vez un panorama tan vasto, en donde, por la falta de accidentes, se advertía la redondez de la Tierra. Sólo el leve cambio de tono entre la bóveda celeste y el inmenso océano alteraba en algo esa unidad majestuosa.

El fuerte viento ayudaba a despejar aún más la extensión infinita del paisaje, al fustigar sin tregua los arbustos y flores silvestres que, agazapados sobre las dunas, desistían de mantenerse enhiestos.

Aún retenía el niño en su memoria, por enfrentarlo a diario, la visión del muro que ensombrecía el pasaje. Parecía que éste finalmente se hubiera levantado, como viejo telón, para mostrar un decorado incommensurable de matizados ocres, celestes y verdes esmeralda. El equilibrio de los dos elementos que allí actuaban, el mar y las arenas, se debía a que a pesar de agredirlas éste en un sinfín de gigantescas olas y en desiguales tiempos de ataque, se desplomaba exhausto sobre su rival, dejando en su impotencia sólo una tenue marca de inofensiva espuma.

Margarita Plana poseía en una escarpada colina una pequeña casa de madera, cuya galería posterior daba a un jardín donde un inmenso árbol afirmaba su follaje sobre el techo, simulando a distancia el pena-

cho de un sombrero. Una empalizada descolorida como los muros rodeaba a la vivienda. Desde allí se veía, por encima de la carretera, un extenso arenal que denominaban Playa de los Muertos. En la cima del montículo, había unos cuantos pinos que no alcanzaban a reunir la sombra que requiere un bosquecillo. Entre sus ramas de formas caprichosas, sobre un rústico plinto de troncos, se alzaban dos tambores para almacenar el agua dulce. Bordeando el cerro, un camino asfaltado conducía a otros balnearios, a través de un puente bajo cuyo arco de cemento se alborotaba un estero, interceptado por una desvencijada esclusa.

La señora Margarita, para sentirse más de acuerdo con el ambiente veraniego, aligeraba sus ropas, conservando sin embargo en todas ellas el riguroso luto. Lo que variaba no eran las hechuras, sino más bien la calidad de los géneros, usando de preferencia sedas y organzas que el viento trataba de arrebatarse de su cuerpo flaco y viejo. Rompían la severidad de esos atuendos un par de zapatillas de tenis y un sombrero de paja, al que para dar un toque de color, había rodeado con una cinta roja.

Así vestida, apoyada en su bastón, antes de emprender interminables caminatas a lo largo de la Playa de los Muertos, se detenía junto a la empalizada para contemplar desde esa altura el océano.

Rogelio, por su parte, permanecía todo el día fuera de la casa, incursionando entre los roqueríos en busca de cuevas y pozas escondidas, donde se imaginaba que nadie antes había puesto los pies. Allí monologaba, adecuando sus ensueños a esos parajes solitarios.

Era su obligación recogerse temprano, y también servir de acompañante a la señora Margarita, quien le pedía la condujera por las noches, muy abrigada, a casa de algunas amistades donde se jugaba a las cartas. Sentado a la puerta de esas viviendas, debía esperar pacientemente para traerla de vuelta.

Durante la cena, ella le enseñaba el correcto uso de los cubiertos, la difícil proeza de llevar éstos a la boca, en lugar de lo contrario. No debía hacer ruido al ingerir la sopa ni poner los codos sobre la mesa. Hablar sólo cuando se lo interrogara y guardarse sus opiniones para darlas a conocer a gente de su edad.

Transcurridas tres semanas, le hizo ver que ya llevaba bastante tiempo en su casa y era necesario que regresara para que otros niños, sus sobrinos, vinieran a pasar unos días junto al mar.

— Así es que te voy a enviar al pueblo a que telefonees a mi hermano. Dile que los niños pueden venir el próximo sábado. Tú te vas en el mismo auto, cuando él se vuelva.

Rogelio, quien no advirtió el transcurso de los días, se sintió profundamente avergonzado. El paisaje había hecho de las suyas con el tiempo.

— Acércate — ordenó la señora Margarita, mientras con pulso tembloroso anotaba en un papel el número telefónico de su hermano. Al partir lo detuvo para agregar:

— Se me olvidaba algo importante. Pídele además que me traiga un ejemplar de *La buena mesa*.

El niño asintió con la cabeza y se encaminó al pueblo, haciendo sonar tristes melodías en una armónica. Como ignoraba que *La buena mesa* era un conocido libro de cocina, al llegar a la parte del recado que tenía que ver con este encargo, enfatizó:

— Dice su hermana que el día que se vengán le traiga por favor una buena mesa confortable, ojalá de una de esas que se pliegan, con cubierta de género.

Agregó todos esos pormenores no sólo porque creía que la necesitaba para sus sesiones de juego, sino también para congraciarse con ella y así reparar la falta de delicadeza que cometió sin advertirlo, permaneciendo tanto tiempo en ese balneario.

Durante el viaje, Rogelio estaba ansioso por llegar, fastidiado con las continuas bromas que le hacían el hermano y la cuñada de la señora Margarita a propósito de «la buena mesa confortable».

En cuanto vio estacionarse la camioneta a los pies del montículo, con la parte trasera repleta de niños bulliciosos, y junto a ellos la mesa de juego, intuyó que algo no andaba bien. Pero al escuchar que ese señor, manos en jarra y vestido con una polera llamativa que, más que darle un aspecto juvenil, sólo conseguía realzarle el vientre, anunciaba a la señora Margarita que le traía su encargo, ya no supo a qué atinar.

— ¿Para qué me traes una mesa? — exclamó ella desde arriba, llevándose el viento la mitad de sus palabras.

— ¡Tú me la pediste! ¿No es así? — repuso el hermano.

Los reproches, luego las miradas suspicaces y finalmente las bur-

las y risas, trocaron aquel malentendido en un buen cuento para la temporada.

Lejos, en el horizonte, una embarcación se ladeaba hasta casi rozar con sus velas el mar. Parecía que era la intensa luminosidad y no el viento lo que la hacía inclinarse de aquel modo. Disimulando la pena que le causaba esa situación, Rogelio se resistía a despegar la vista de la pequeña goleta, la que, a pesar de que él trataba de impedirlo, se desdibujó, volviendo a su anterior nitidez luego que al niño le rodaran dos lágrimas por las mejillas.

La camioneta se detuvo bruscamente ante el portón del pasaje. Cubierta de polvo, denunciaba a los ojos de los transeúntes su procedencia. Mientras Rogelio descendía, el hermano de la señora, medio cuerpo fuera de la ventanilla, continuaba celebrando el asunto de la mesa:

— ¡Menos mal que no me pediste una de billar! — exclamó, haciendo partir ruidosamente el vehículo, que se perdió de vista al doblar por la Alameda.

El pasaje lucía desierto, y Rogelio, aferrado a su pequeña valija, se encaminó con temor hacia su casa. La puerta estaba cerrada y sobre ella había un papel sujeto por un alambre. Cuando se disponía a leerlo, desde la fábrica de lámparas salió la madre de Melania, y tomándolo cariñosa por los hombros, le informó que la señora Carter estaba hospitalizada y que por algunos días, él se alojaría con ellos.

En realidad, habían sido para la señora Carter muy angustiosas esas últimas semanas. Aprovechando la ausencia de su hijo, se decidió finalmente a solucionar aquel asunto. Rogelio fue testigo del inicio de esos trastornos, pero su falta de experiencia le impidió sacar conclusiones acerca de la conducta insólita que mostraba su madre: aquellos interminables reproches hechos a un desconocido por teléfono, y luego sus continuos viajes a la cocina para sostener plañideros coloquios con la sirvienta, quien después de negarse a realizar lo que le pedía, terminaba por acceder. Algo relacionado con la farmacia, un medicamento que, tal vez por lo comprometedor, la señora Carter prefería que la cocinera lo adquiriera, evitándose así responsabilidad y vergüenza.

Advertía Rogelio que la empleada mostraba resistencia, y entonces ella la persuadía de manera tan servil que aquel diálogo anulaba su

condición de patrona, otorgándole a la mujer que le servía la dignidad que a ella le faltaba.

En esas circunstancias dejó Rogelio a su madre.

Una vez que la señora Carter se encontró sola, viendo que no contaba con la colaboración de su empleada y que los remedios case-ros eran ineficaces para calmarla, decidió recurrir a una persona que clandestinamente vendía una droga mucho más fuerte. Después de haberla ingerido de manera exagerada e inexperta, la mucama la encontró inerte sobre el lecho, depositándola moribunda en el interior de un taxi.

Hacía ya tres días que los médicos de la Asistencia Pública inten-taban salvarla, no habiendo logrado ni siquiera volverla de su estado inconsciente.

El mismo día que el tío Víctor se presentó en la fábrica de lámpa-ras a buscar a su hijo para llevarlo ante su madre, ésta murió. Cuando ingresaron en el segundo piso de esa sala amplia de doble hilera de camas, algunas con un ruedo de visitas, otras sin ninguna, la que co-rrespondía a la señora Carter estaba vacía. Sobre el velador que se apo-yaba en el ventanal se veían los objetos personales de la extinta: su cartera, unos guantes de hilo y las llaves de la casa, atadas a un pedazo de madera sucia que llevaba pintada la letra «E».

Al revisar sus cajones, encontró Rogelio entre sus ropas una cor-bata negra que la señora Carter le dejara después de su partida. Lleva-da por quién sabe qué impulso, no quedó tranquila hasta que hubo escondido esa prenda en la cómoda.

A pesar de su pena, tuvo Rogelio el valor de prender a la corbata el alfiler dorado con el pequeño revólver de nácar, regalo de Melania.

Atildado como de costumbre, bajó la escalera y dio la mano a su padre, quien lo esperaba junto al paragüero. Allí se quedaba para siem-pre el niño que había sido, envuelto en la sagrada luz que irradiaba el patio interior.

Atravesó en actitud algo solemne el pasaje hacia la calle. Sentía la secreta vanidad de saberse protagonista, aunque sólo lo fuese de un hecho lamentable. Melania detuvo su pelota y giró la cabeza para mi-rarlo embelesada. Rogelio alzó la vista, fijándola sobre la letra «B» de esa casa, que tantas veces estuvo tentado de continuar con tiza para formar las palabras «Buena», «Bonita», «Belleza».

condición de patrona, otorgándole a la mujer que le servía la dignidad que a ella le faltaba.

En esas circunstancias dejó Rogelio a su madre.

Una vez que la señora Carter se encontró sola, viendo que no contaba con la colaboración de su empleada y que los remedios case-ros eran ineficaces para calmarla, decidió recurrir a una persona que clandestinamente vendía una droga mucho más fuerte. Después de haberla ingerido de manera exagerada e inexperta, la mucama la encontró inerte sobre el lecho, depositándola moribunda en el interior de un taxi.

Hacía ya tres días que los médicos de la Asistencia Pública inten-taban salvarla, no habiendo logrado ni siquiera volverla de su estado inconsciente.

El mismo día que el tío Víctor se presentó en la fábrica de lámpa-ras a buscar a su hijo para llevarlo ante su madre, ésta murió. Cuando ingresaron en el segundo piso de esa sala amplia de doble hilera de camas, algunas con un ruedo de visitas, otras sin ninguna, la que co-rrespondía a la señora Carter estaba vacía. Sobre el velador que se apo-yaba en el ventanal se veían los objetos personales de la extinta: su cartera, unos guantes de hilo y las llaves de la casa, atadas a un pedazo de madera sucia que llevaba pintada la letra «E».

Al revisar sus cajones, encontró Rogelio entre sus ropas una cor-bata negra que la señora Carter le dejara después de su partida. Lleva-da por quién sabe qué impulso, no quedó tranquila hasta que hubo escondido esa prenda en la cómoda.

A pesar de su pena, tuvo Rogelio el valor de prender a la corbata el alfiler dorado con el pequeño revólver de nácar, regalo de Melania.

Atildado como de costumbre, bajó la escalera y dio la mano a su padre, quien lo esperaba junto al paragüero. Allí se quedaba para siem-pre el niño que había sido, envuelto en la sagrada luz que irradiaba el patio interior.

Atravesó en actitud algo solemne el pasaje hacia la calle. Sentía la secreta vanidad de saberse protagonista, aunque sólo lo fuese de un hecho lamentable. Melania detuvo su pelota y giró la cabeza para mi-rarlo embelesada. Rogelio alzó la vista, fijándola sobre la letra «B» de esa casa, que tantas veces estuvo tentado de continuar con tiza para formar las palabras «Buena», «Bonita», «Belleza».

La mayoría de los ventanucos que daban al pasaje se abrió para verlo pasar, y luego, las sirvientas de la señora Margarita cruzaron apresuradas el sombrío vestíbulo para asomarse esta vez a la calle.

Rogelio y su padre enfilaron lentamente hacia la Alameda hasta desaparecer.



Adolfo Couve

Narrativa Completa

Adolfo Couve va en camino hacia la leyenda. A su alrededor se tejen y desatan fantasías de muchos tipos. Su bella figura, solitaria, contradictoria, frágil, mil veces fotografiada en su antigua casa sobre el mar; su trágico final; la exposición retrospectiva de su pintura en el Museo de Bellas Artes, contribuyen a mantenerlo presente en un imaginario colectivo. Temo que la brocha gorda de ese imaginario —cada vez más gorda, cada vez más basta y más mediática— termine por arrasar del todo con los muchos matices de su obra, para dejar apenas un ícono del «consumo cultural», como pasa en estos días con Frida Kahlo o con Virginia Woolf.

Contra la ola irresistible del espectáculo, cabe tal vez el gesto de mostrar insistentemente el trabajo del artista: transformar al «público» de los medios masivos en «el lector» de las narraciones, en la mirada morosa que se detiene en los cuadros. Creo que eso se intentó con aquella retrospectiva, que se llamó *Adolfo Couve: una lección de pintura*. Y creo que eso es lo que se intenta en esta publicación, la de su narrativa completa, que recoge libros difíciles de encontrar y permite por primera vez una visión total de su trayectoria como narrador.

ADRIANA VALDÉS

